

UNOS PERSONAJES HECHIZADOS POR SU PROPIA MENTIRA

Don Gil de las calzas verdes está holgadamente instalada en los supuestos dramáticos de Lope de Vega. El largo parlamento que abre la representación, por medio del que nos enteramos de las causas de lo que va a acaecer en la comedia, equivale, con notoria precisión, a la eliminación de las unidades de tiempo y de lugar. Se nos lleva a un pasado, una primavera recién extinguida, y después se nos hablará de la plenitud del verano. Incluso la famosa y tan repetida caída o tropezón de la dama para dar motivo a un ligero contacto o estrenar una comunicación directa, hemos de verlo ya como una función escénica, un recurso entre bastidores.

La fidelidad al camino abierto por Lope podemos leerla entre líneas al escuchar a Juana su larga narración: aparentemente, lo que Juana pretende es, muy lopesca, restablecer el orden establecido que ha sido alterado por una razón ajena a él: la infidelidad o el desvío del galán. Juana habla de lo que en la moral ortodoxa acontece en tales trances: la reclusión en el convento, acosada por la vergüenza social; la necesidad de que el padre limpie la mancha caída sobre el honor, el anhelo de lograr satisfacción por el matrimonio, reparación no tanto personal como social. El aire conformista de la comedia lopesca se nos pone en pie al margen de la página. Y esto es lo que, en fin de cuentas, logra Juana con el feliz desenlace.

Pero en el auditorio, como en el lector de hoy, la duda, la agrí dulce duda se plantea: ¿Valía la pena destruir tanta realidad y sustituirla por otra fingida, más próxima y eficaz que la acostumbrada, hasta el punto de que hemos llegado a creérmola, a vivir placenteramente en ella? ¿Es compensatorio volver a la verdad gris y sin altibajos? Probablemente sobrenadaba la meditación profunda sobre el derecho de la mujer a hacerse su propio destino. Lo anuncia no tanto el mantenido trampeo de Juana como la libre decisión de Inés y de Clara de casarse con Don Gil, decisión proclamada a gritos. Ni Inés ni Clara son tan bobaliconas que no perciban que su don Gil *no es un hombre*: Con su amor por el jovencillo atiplado estrenan lo que hoy nos sigue fascinando de la comedia: ni escapismo, ni feminismo, ni simple jugueteo escénico, sino una nueva vividura, una realidad inventada, en la que es posible la abdicación del yo instalándonos en una amplia zona virgen entre la hipérbole y los sueños. Por otra parte conviene recordar que Juana, Clara, Inés, tras los muchos cambios, permanecen fieles a su condición femenina.

La comedia sigue por los patrones lopescos: tres actos, distribución de la materia y de la intriga como podemos ver recomendado en el *Arte Nuevo*; acomodación de lírica tradicional, danzas, etc. Tirso de Molina, ya es del saber colectivo, se declara admirador de Lope de Vega y seguidor de su comedia. Pero se aparta con marcada desenvoltura del rígido esquema de Lope. La crítica más certera ha señalado ya como Tirso se escapa de la simple condición de seguidor o discípulo para dar mayores espacios de libertad a sus personajes. Una libertad que extrema la credibilidad de las invenciones con la aquiescencia complacida del auditorio. Y repito: un tenaz viento de ballet empuja en la escena a estos personajes hechizados por su propia mentira, ventolera quebrada de vez en cuando por fugaces llamadas del ambiente social y real previo. Y todo bajo la simpatía gozosa del espectador, en clara connivencia con el autor. Cuando la luz se hace sobre la trama y nos tropezamos nuevamente con lo consagrado y común, tan claramente desdeñable después de tanta peripecia ilusionada, nos damos clara cuenta, aunque sea a regañadientes, de que los versos de *Don Gil* y sus calzas ocultan una transparente lección moral: han sido abatidas la codicia y la falsía interesada de don Martín y de su padre, y la frivolidad de Inés y de Clara sufren un vapuleo oportuno, y resplandece la justicia a favor de Juana, justicia lograda con habilidad, astucia e ingenio, justificación de una libertad de decisiones y de actitudes que nadie puede poner en duda. El mundo vuelve a estar bien hecho.

(De la edición *Don Gil de las calzas verdes*,
De Alonso Zamora Vicente
Madrid: Clásicos de Castalia, 1990)



